

Porque, dice San Ambrosio, la doctrina de Jesucristo es al alma lo que el grano de mostaza al cuerpo. El grano de mostaza contiene un jugo muy acre y picante, que hace plegar la frente, arranca lágrimas á los ojos, y ofrece al paladar un sabor amargo y abrasador. Pero una vez tragado, fortifica y da viveza; cura muchas enfermedades, y evita otras.

En ese vegetal se encuentra claramente indicado el carácter de la religión cristiana, de la cual San Pablo ha dicho que por las obligaciones que impone, por los sacrificios que pide, por la vigilancia que exige, por las privaciones que de nosotros quiere, por la abnegación que reclama, presenta las apariencias de una religión, de una doctrina de amargura, de tristeza, de lágrimas y de dolor; pero que practicada fielmente, produce en el alma la santidad que la colma de paz y de alegría, y le da la salud y la vida.

Valor, pues, mis queridos hermanos; tomemos alas para elevarnos como aves celestes más allá del fango de las cosas de la tierra. Preparemos en nuestros corazones esas ascensiones misteriosas que conducen á Dios. Reposemos sobre el árbol de la Iglesia, alimentémonos de la mostaza misteriosa que nos ofrece, de la amargura, de la tristeza aparente, inseparable de la práctica de las leyes de Dios, de la virtud, de la justicia, de la edificación, de la penitencia. Y encontraremos bajo este árbol divino la seguridad contra las tempestades del error, la defensa contra los huracanes de las tentaciones, la sombra tutelar contra los rayos del sol de la Justicia divina, la fresca brisa de la divina misericordia. Allí encontraremos la tranquilidad del espíritu, la paz del corazón; paz en la vida, paz en la muerte, paz en el tiempo, paz en la eternidad. *Amen.*

LA TRANSFIGURACIÓN DE JESUCRISTO

Sunt quidam de hic stantibus, qui non gustabunt mortem, donec videant Filium hominis venientem in regno suo.

Hay algunos, de los que están aquí, que no gustarán la muerte, hasta que vean venir al Hijo del hombre en su reino.

(MATH. 16, 28.)

Ya se aproximaban los días de escándalo y de delicto, que el sol había de rehusar alumbrar con sus rayos, y que habían de abatir casi del todo la fe, todavía débil, de los discípulos, á la vista de la pasión cruel y de la muerte ignominiosa de su divino Maestro. Y ¿qué hizo entonces el amoroso Señor? Para corroborar y acrecentar esta fe: *Ad augendam Apostolorum fidem*, como dice San Jerónimo, y para prevenir y arrancar de sus corazones el próximo escándalo de la cruz, como dice San León, obró en presencia de algunos de ellos el grande é inefable prodigio de su transfiguración, les reveló la gloria de su majestad divina, oculta bajo el velo de la humana naturaleza, y de este modo los fortaleció contra las tentaciones que habían de sufrir á vista de los oprobios de su voluntaria pasión. De este modo cumplió el Salvador la promesa que había hecho seis días antes á los discípulos, cuando, después de haberles anunciado su pasión y su muerte, les añadió: «Hay entre vosotros algunos que antes de morir han de ver al Hijo del Hombre aparecer en la gloria de su reino: *Sunt quidam de hic stantibus, qui non gustabunt mortem, donec videant Filium Dei venientem in regno suo.* En efecto, estos de quienes hablaba fueron Pedro, Santiago y Juan, los únicos que tuvieron la dicha de contemplar la transfiguración del Señor, y que en ella vieron al Hijo del Hombre en su reino; porque, como dice San Jerónimo, Jesucristo en este misterio se les manifestó en la misma magnificencia con que su santa humanidad glorificada se mostrará en su reino celestial. Y añade igualmente un escritor: «Jesucristo llamó á su transfiguración el *misterio de su reino*, porque entonces manifestó

el su poder de una manera inefable, porque entonces fué proclamado por el eterno Padre su verdadero Hijo, y porque su rostro divino se vió entonces resplandecer con toda la luz, la dignidad y la gloria de que se verá adornado en su segunda venida.»

Así, pues, quitándonos, como se le mandó á Moisés, nuestros zapatos de los intereses terrenos, de los pensamientos carnales y de los afectos profanos, subamos hoy en alas de la fe, en compañía de los apóstoles, sobre las rocas del afortunado Tabor, para contemplar allí la grande visión, el magnífico sacramento de este reino misterioso de Jesucristo, que la Iglesia presenta á nuestra consideración en el evangelio: *Vadam et videbo visionem hanc magnam*, y procuremos meditarlo y sacar de él los frutos para que lo ordenó Jesucristo; es decir, mayor fervor en creer, mayor firmeza en esperar y mayor generosidad en amar. *Ave María*.

Acostumbran los evangelistas, hermanos míos, cuando tratan de los grandes misterios del Salvador, fijar el lugar y el tiempo en que sucedieron, y estas circunstancias del tiempo y del lugar contienen también sus misterios. ¿Queréis saber por qué los historiadores sagrados notan que la transfiguración sucedió *seis días* después que el mismo Señor había hecho la promesa y la profecía de este misterio? Porque, como este misterio fué el tipo y la figura de la resurrección gloriosa de los escogidos, por esta razón, dice un sabio autor, se nos quiso recordar que este grande acontecimiento tendrá lugar después de la *sexta* edad del mundo.

Por la misma razón, añade Beda, eligió el Salvador un monte altísimo para teatro de tan grande misterio; es decir, para enseñarnos á los que aspiramos á la verdadera felicidad, cuya figura fué representada en el Tabor, que debemos buscarla *en lo alto*, en la bienaventuranza del cielo, y *no en lo bajo*, entre las delicias innobles de la tierra. Y Orígenes, uniendo estas dos circunstancias, dice: «Aprendamos de aquí que si queremos que el Señor extienda sobre nosotros una mano amorosa y nos eleve durante esta vida á la altura de la inteligencia, nos conceda el gusto y la devoción de sus santos misterios, y nos haga gozar de los secretos consuelos del Dios de majestad, transfigurado en el Dios de dulzura y de amor; es necesario que nos elevemos sobre las obras criadas en los *seis* días; es decir, que nos olvidemos de las criaturas, renunciemos al amor de las cosas corporales, que separa el espíritu de las cosas celestiales y divinas, y lo arrastra por el fango de la materia y de los sentidos. El nombre mismo del monte elegido por Jesucristo sirve, dice el intérprete, para

indicarnos el gran misterio que allí se obra. *Tabor* significa *tálamo de la luz*. Pues bien, en este día ha manifestado el Señor su resplandor sobre aquel monte, y se ha sentado en el tálamo de su gloria.

Según la predicción del mismo Señor, á esta gloriosa manifestación del reino de Dios en Jesucristo no todos los apóstoles se hallaron presentes, sino algunos de ellos; porque el Evangelista dice: «El Señor separó de los demás y condujo á un lugar apartado del alto monte á Pedro, Santiago y Juan:» *Assumpsit Jesus Petram, Jacobum et Joannem; et ducit illos in montem excelsum seorsum*.

Esta elección, pues, de Jesucristo recayó sobre estos tres dichosos apóstoles, porque, como se trataba en este gran sacramento, de contemplar un rayo de la divinidad del Redentor, fueron elegidos los tres apóstoles que entendían y amaban este misterio más que todos los demás. En efecto, Pedro había sido el primero en confesar esta divinidad del Salvador con las palabras, Juan la ha revelado por escrito mejor que los otros evangelistas, y Santiago fué el primero que dió testimonio de ella á los judíos con su sangre. En la inefable visión del Tabor quiso el Señor á un tiempo mismo, dice San Pedro Damiani, recompensar las disposiciones generosas del corazón de estos apóstoles, y disponerlos á la gran visión para que los había elegido. A Pedro quiso hacer oír, confirmado por su eterno Padre, con palabras inteligibles, el bello testimonio que el mismo Pedro había dado á Jesucristo, llamándole *Hijo de Dios*; á Santiago quiso hacer ver glorioso aquel Señor por quien debía dar la vida antes que los demás apóstoles; y á Juan quiso infundir las más elevadas y puras ideas de la teología divina con el espectáculo de esta gloria del Hijo de Dios, superior á las vicisitudes del tiempo, á fin de que hiciese resonar después por todo el mundo aquellas grandes palabras: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios.»

En el sentido moral ve figuradas San Anselmo en estos tres apóstoles, admitidos á la visión de la gloria de Jesucristo, las tres clases de justos que serán admitidos á la visión de la gloria de Jesucristo en el cielo; es decir, en Pedro los confesores, en Juan las vírgenes, y en Santiago los mártires. Y siguiendo la misma idea, nada impide reconocer en esta elección la doctrina importante de que no se va al cielo sin las virtudes que se encontraron figuradas en estos tres apóstoles; es decir, sin la fe de Pedro, sin la esperanza de Santiago, sin la caridad de Juan; ó en otros términos: que para salvarse se necesita ser firme en creer como Pedro, constante en padecer como Santiago, y como Juan puro y recto en vivir.

Habiendo llegado la sagrada comitiva á la cumbre del monte, se

puso Jesucristo en oración según su costumbre, y también se pusieron á orar con él los apóstoles, pero con los ojos fijos en él, cuando de improviso le vieron mudar de aspecto y transfigurarse de tal manera, que su rostro divino apareció resplandeciente como el sol, y sus vestidos se vieron brillar con una luz prodigiosa, manifestando una blancura tal, que excedía á toda idea, parecida en cierto modo á la nieve. Sencilla y natural es esta descripción, pero ¿cuán precisa y cuán exacta es en su misma sencillez, y cuán sublime en su misma naturalidad!

Se dice en el Evangelio que esta transformación admirable sucedió en presencia de los discípulos: *Ante eos*; es decir, que ellos mismos vieron con sus ojos á aquel mismo Jesucristo que poco antes estaba ante ellos en actitud humilde, tomar de repente un aspecto de majestad y de gloria. Observa también el historiador sagrado que fué el rostro mismo del Señor el que se vió resplandecer de pronto como el sol, y que fueron sus mismas vestiduras las que se vieron aparecer más blancas que la nieve. Ninguno crea, pues, dice San Jerónimo, que en esta transfiguración perdiese el Señor la realidad del cuerpo humano, sus formas naturales ni sus delicadas facciones, de modo que no pudiese ser reconocido. Esta transfiguración consistió, pues, en que, reteniendo el Señor su mismo cuerpo mortal y su misma figura, hizo aparecer exteriormente un resplandor divino que descubrió algo de su divinidad, oculta bajo el velo de la carne; hizo que su divino rostro despudiese un inmenso esplendor, y le hizo aparecer muy semejante al de Dios.

Esta transfiguración fué total y perfecta; y lo que dicen los evangelistas del santo rostro, quieren decirlo igualmente de todo el cuerpo purísimo del Salvador. Si, dice San Elfrén, de todo aquel santísimo cuerpo salía la gloria, de toda aquella inmaculada carne salían rayos luminosos, de tal modo, que, como el sol en su meridiano, así el cuerpo santísimo del Señor apareció circundado y envuelto en la gloria de la divinidad, á la que estaba unido. Y San Agustín, ó el autor de *Las maravillas de la Sagrada Escritura*, añade: «Así como la divinidad que habitaba en Jesucristo penetró exteriormente al través de la carne, así la gloria divina de que esta carne fué revestida penetró y se comunicó exteriormente al través de las vestiduras.» Pero con la diferencia de que en el santo rostro, como en el sol sin nubes, se vió esta luz brillante y resplandeciente: *Resplenduit facies ejus sicut sol*; mas en el resto del cuerpo, como debía trasparar las vestiduras, se reflejaba blanca como la nieve, como sucede con la luz del sol cuando se ve al través de las nubes: *Candida nimis, velut nix*; con

la diferencia de que esta blancura era brillante y resplandeciente: *Vestitus ejus albus et refulgens.* (Luc., 29.)

Mas no pasemos adelante sin contemplar por un momento la particularidad, notada en el Evangelio, de que este grande y gozoso misterio de la transfiguración del Señor sucedió mientras él oraba fervorosamente: *Dum oraret*. David ha dicho: «Acercaos á Dios, y seréis iluminados por su luz, pero de modo que vuestra vista no será molestada ni deslumbrada»: *Accedite ad eum, et illuminamini, et facies vestrae non confundentur.* (Ps. XXXIII.) Este oráculo del Profeta se había cumplido ya á la letra en el Antiguo Testamento en la persona de Moisés, que apareció con la frente rodeada de un resplandor divino; y en el Nuevo Testamento se repite diariamente en muchos santos, y es tan común que ellos se vean con la cabeza rodeada de luz, que ha prevalecido la costumbre de pintarlos con rayos alrededor de la cabeza, y la aureola se ha hecho la insignia de la santidad. Y ¿cómo sucede esto? Al decirnos el Evangelista que el cuerpo real de Jesucristo se transfiguró durante la oración, y apareció con el rostro resplandeciente como el sol, nos descubrió el modo con que este mismo fenómeno divino se reproduce en los santos, como en su cuerpo místico; es decir, por medio de la oración. Y, en efecto, Moisés y los santos se han visto durante la oración con el rostro circundado de luz. La oración, pues, es una verdadera transfiguración del alma en Dios. Y cuanto más intensa es la oración, tanto más íntima es la unión del alma con Dios y más perfecta la transfiguración; porque no pudiendo el alma contener la plenitud de la luz divina que refleja en ella por su unión con Dios, la hace aparecer exteriormente de un modo sensible. Jesucristo, pues, que orando se transfiguró y apareció con el rostro radiante de su luz divina, quiso enseñarnos por el mismo hecho que repetiría aquel prodigio en sus santos que se entregasen á la oración, y que el milagro de la luz que muchas veces rodea sus rostros es una consecuencia natural del milagro de su oración; que, si no todos los cristianos pueden aspirar á una altura tan grande en la oración, que circunde de luz su cuerpo, todos ellos pueden llegar á la práctica de la oración que ilumine sus almas. ¡Cosa admirable! Por la oración, mientras se humilla el alma ante Dios, se eleva hasta él, se hace en cierto modo igual á él, participa de su verdad y de su gracia, de su conocimiento y de su amor: se purifica, se convierte en otra, se transfigura en Jesucristo, en el mismo Dios: *Oratio est anima transfiguratio*. ¡Dichosos nosotros si hacemos de la oración nuestra delicia y nuestro recreo! El hombre de oración es el hombre de virtud, el hombre superior á las miserias de la humani-

dad, el hombre Cristo, como dice el Evangelio; porque se transforma en Jesucristo, y Jesucristo se transforma en él: *La me manet, et ego in eo*; de tal modo, que puede decir con el Apóstol: «Yo vivo sin vivir yo mismo, porque es Jesucristo el que vive en mí con su doctrina, con su gracia y con su amor.» *Vivo ego jam non ego: vivit vero in me Christus!*

Pero la semejanza del sol, empleada por el Evangelista para darnos una idea de la luz del rostro de Jesucristo, nos recuerda, dice San Agustín, otro misterio. El Señor hizo entonces resplandecer su rostro como el sol, para indicarnos que él es á los ojos del entendimiento y del corazón lo que el sol material á los ojos del cuerpo, y que él es la luz del universo, que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. ¡Oh bello y agradable misterio! Jesucristo en la cima de un monte, elevado en los aires, revestido de gloria, despidiendo de su rostro amoroso una luz celestial y divina. Ved aquí pues el *sol creado* de quien ha hablado David, á cuya aparición habían de huir temerosos de la superficie del mundo los monstruos de los vicios y de los errores, á la manera que al nacer el sol creado huyen á esconderse las fieras, que con el favor de la noche recorren libremente la selva. Ved aquí el misterioso *Oriente de Zacarías*, que se dirige desde lo más alto de los cielos á visitar la tierra, y á hacerle experimentar todas las ternuras de su misericordia y de su bondad: *Per viscera misericordie Dei nostri, in quibus visitavit nos Oriens ex alto.* (Luc, 1.) Ved aquí, en fin, el rostro divino de Jesucristo, que contempló después San Pablo en espíritu, y en el que mirándose el eterno Padre como en un espejo, hace reflejar la imagen de su ciencia y de su claridad en la mente de los hombres: *Ipsse illucit in cordibus vestris, ad illuminationem scientie claritatis Dei, in facie Christi Jesu.* (II Cor., iv.)

Y ¿qué diremos de las vestiduras del Señor, y de su espléndida blancura? Las vestiduras de Jesucristo no significan otra cosa, dice el venerable Beda, sino la Iglesia de los santos, supuesto que el eterno Padre dijo, por boca de Isaías, á su divino Hijo: «Todos los pueblos vendrán á tus pies, se agruparán al rededor de tí, y tú te vestirás de ellos como con una vestidura de honor y de gloria.» Y San Agustín, interpretando esta profecía en el mismo sentido, había dicho: «Observad que los vestidos no se sostienen por sí solos, sino que se caen si no los sostiene la persona que los lleva. De la misma manera, la Iglesia no se gobierna ni se sostiene sino en Jesucristo y por Jesucristo, que es la persona que vive en ella y el alma que la informa. ¡Felices los que adornan con virtudes esta vestidura incon-

sutil de Jesucristo, la Iglesia! ¡Infelices los que la manchan con sus vicios! y ¡más infelices aún los que la desgarran con sus errores! Así como el rostro castísimo de Jesucristo, continúa el mismo padre, que desde la cumbre del Tabor resplandece como el sol, significa la luz del Evangelio, que desde la Judea se debía difundir por todo el mundo; así también las vestiduras del Señor, blancas como la nieve, significan la Iglesia, que Jesucristo había de lavar y purificar con su sangre. Esta es pues aquella nieve misteriosa, de la que Dios había dicho por el Profeta: «Si vuestros pecados os hubiesen puesto negros como los etiopes, yo los borraré, y haré que os pongáis blancos como la nieve»: *Si fuerint peccata vestra ut coccinum, quasi nix dealbabitur.* (Isa., 1.)

Pero ¿quiénes son esos dos personajes que, elevados en los aires y rodeados también de majestad y de gloria, se aparecen de repente hablando con Jesucristo? Son Moisés y Elias: *Ei ecce apparuerunt illis Moyses et Elies cum eo loquentes.* (Matth., 3.) Y ¿cómo podemos reconocerlos? Por la misma señal, dice Orígenes, con que los han reconocido los apóstoles. El uno lleva en la mano las dos tablas de la ley, y el otro está sentado en su carro de fuego. Pero ¿qué hacen ahí? ¿Por qué los ha llamado Jesucristo? Por varias razones. Miradlos bien, dice San Juan Crisóstomo. Por grande que sea la majestad con que se muestran, la luz que los rodea y la gloria que los circunda, se hallan junto á Jesucristo en actitud de siervos que lo acompañan y como adoradores que le rinden homenaje. Jesucristo, pues, ha querido con esto hacer ver á los discípulos cuánto se engañaban las turbas en creerlo Elias ó cualquier otro de los antiguos profetas; que los más grandes personajes del Antiguo Testamento son sus servidores y sus ministros, á quienes separa de él una distancia infinita; que sólo Pedro, al haberlo reconocido y confesado seis días antes por verdadero Hijo de Dios, había dicho la verdad, y que por esta confesión había sido premiado y alabado con razón.

En segundo lugar, recordad, os diré, que Moisés había sido legislador y había muerto, y Elias había sido profeta, y vivía y vive todavía. Por consiguiente, el haber llamado el Señor al gran Legislador y al gran Profeta, demostró que él es el Dios y Señor de la ley y de la profecía, de los vivos y de los muertos; y además á fin de que, cuando le viesen los apóstoles morir en medio de dos ladrones, supiesen que no moría contra su voluntad aquel á quien habían visto reinar glorioso en medio de dos grandes profetas, como el dueño de la vida y de la muerte.

¡Oh magnificencia, oh grandeza de nuestro Señor! Cuán bello es,

dice San Hilario, ver á Jesucristo reinar como soberano y como Dios en medio de la ley y de los profetas! Un cortejo como éste es digno de Jesucristo, y explica la divinidad de su misión y la gloria de su reino.

Pero el Evangelista añade que estos dos grandes personajes hablaban con Jesucristo: *Cum eo loquentes*. Y de qué hablaban? San Lucas nos lo dice: Hablaban del exceso de su misericordia y de su bondad, que debía cumplir dentro de poco en Jerusalén, muriendo en una cruz por nosotros: *Diebant excessum ejus, quem completeretur erat in Jerusalem.* (Luc., 31.)

Pero no son ellos solos los que hablan de la cruz; el mismo Jesucristo habla también con ellos, y todos tres se ocupan á su vez en este grande misterio. ¡Oh cómo explica toda la economía de la Escritura este coloquio de los profetas con Jesucristo, y de Jesucristo con los profetas!

¡Oh cuán grande es este día, cuán grandes son los misterios que en él se cumplen, cuán grandes y fundamentales son las verdades que en él se revelan! La ley, los profetas y el Evangelio, aunque en diverso lenguaje, hablan de una misma cosa, y se corresponden con una maravillosa armonía. Y San León había dicho: Los dos testamentos se prestan hoy un apoyo mutuo, y se comunican recíprocamente la gran palabra de verdad que sirve á los dos de testimonio y de prueba. Porque la misma religión que había sido anunciada bajo el velo de las profecías y de las figuras, aparece cumplida espléndidamente en el glorioso misterio de este día. Por otra parte, la ley está personificada en Moisés, la profecía en Elias y el Evangelio en Jesucristo. Moisés presenta las figuras, Elias las profecías y Jesucristo el cumplimiento de ellas. Moisés y Elias representan el Antiguo Testamento y Jesucristo el Nuevo. En estos tres personajes se reúnen todas las alianzas, todos los misterios y todas las edades. Más bien que con el oído, tocamos hoy con los ojos del entendimiento y de la fe que Jesucristo es el fin de la ley y el objeto de los profetas. Conocemos que el tiempo antiguo fué una preparación continua para el nuevo, y que el tiempo nuevo explica, realiza y da testimonio del antiguo. ¡Vemos, en fin, toda la economía, la unidad, la perpetuidad, la grandeza y la gloria de la religión!

¿Qué extraño es, pues, prosigue San León, que Pedro, fuera de sí por la grandeza de los misterios que contempla, por el bello espectáculo que se le presenta, por el inmenso gozo que le inunda, por el placer que siente al contemplar las glorias de Jesucristo, se olvide de los bienes del mundo y desprecie los placeres de la tierra, y arreba-

tado por el deseo de las cosas celestiales, no desee más que permanecer allí en compañía de Jesucristo. Así fué que, lleno de gozo, dijo á Jesucristo: «Señor, ¡qué bien estamos aquí con vos!» *Domine, bonum est nos hic esse!* (Math., 4.) «Si vos lo permitis, edificaremos aquí tres tabernáculos: uno para vos, y los otros dos para Moisés y Elias: *Si vis faciamus hic tria tabernacula tibi unum, Moysi unum et Eliae unum.* ¡Oh Pedro! le interrumpe el mismo San León, ¿qué es lo que dices? ¿Cómo no has aprendido en la escuela de tu divino Maestro, que sólo después de padecer es cuando puede obtenerse la felicidad de reinar? Pero se había olvidado del discurso que seis días antes pronunciara el Señor, y en el que, no en la tierra, sino en el cielo, había prometido á sus santos la gloria y el reino. Por esto, con mucha razón observa el Evangelista, que Pedro, al hablar así, articulaba unas palabras que no comprendía: *Non enim sciebat quid diceret.* (Marc., 5.) Esta observación del Evangelista es tanto más cierta, cuanto que Pedro, al hablar así, pedía una cosa que era contra su bien. «No, Pedro, le dice San Pedro Damiano; no es un bien para ti lo que deseas, no es un bien para ti el permanecer con Jesucristo en el Tabor. Tú no tendrías en ese caso las llaves del cielo, que te han sido prometidas por Jesucristo.» ¡Oh, cuántos cristianos piden que su felicidad terrena no sea alterada ni interrumpida, y no saben que, renunciando á la tribulación, vienen á privarse del reino celestial! De éstos puede decirse, como de Pedro, que pidiendo con demasiada ligereza su prosperidad temporal, no saben lo que dicen: *Non enim sciunt quid dicunt!*

Aún no había acabado Pedro de pronunciar aquellas palabras, cuando una nube muy resplandeciente cubrió de repente todo el monte, y envolvió en su resplandor á cuantos allí estaban: *Adhuc eo loquente, ecce nubes lucida obumbravit eos.* (Math., 5.) Pero ¿qué significa esta nube, y qué misterio se encierra en ella? Vedlo aquí. El discurso de Pedro, hijo de la ignorancia, de la sorpresa y del gozo, era, dice San León, desordenado é imprudente, pero no malo ni perverso. Necesitaba, por lo mismo, instrucción, y no reprensión; necesitaba luz, y no castigo. Y ved aquí que el mismo Dios se complace en instruir con este prodigio á su discípulo. Por eso esta nube es resplandeciente: *Nubes lucida*; á diferencia de la nube que envolvió á Moisés en el Sinai, que era obscura, para indicar, como observa San Juan Crisóstomo, que la nube del Sinai estaba destinada á causar terror, y la del Tabor á dar lección. Pedro había pedido tres tabernáculos, y Dios, dice San Agustín, con una sola nube, que cubrió no sólo á Elias y á Moisés, sino á los mismos apóstoles, corrigió el error de Pe-

dro, y le hizo conocer con este nuevo prodigio que uno solo es el tabernáculo, una sola la Iglesia, obra divina que sirve para unir con Jesucristo á los hombres del Antiguo y Nuevo Testamento, para protegerlos y salvarlos.

A la instrucción que dió á los apóstoles el eterno Padre con el milagro de la nube, añadió otra instrucción con la magnificencia de sus palabras. En efecto, en el mismo instante se oyó salir del seno de la nube una voz inefable, majestuosa y solemne, que resonó por los aires y retumbó por el monte, con un eco que había de prolongarse hasta el fin de los siglos por todo el universo. «Este es mi Hijo muy amado, objeto de mis más tiernas complacencias; escuchadle: *Et ecce vox de nube dicens: Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi bene complacui: Ipsum audite.* (Math., 3.) ¡Oh voz! ¡Oh misterio de estas divinas palabras!

Pero si no ha hablado Pedro más que á Jesucristo, ¿por qué es el eterno Padre quien le responde, en vez de su divino Hijo? Para cumplir, dice San Jerónimo, la palabra del mismo Hijo divino, que había dicho: «No soy yo quien da testimonio de mí mismo, sino el Padre, que me ha enviado, es el que dará testimonio de mí, me anunciará y me dará á conocer.» ¡Oh testimonio precioso para nuestra fe! Nosotros sabemos con certeza que Jesucristo es el Hijo consubstancial de Dios, y lo sabemos, no sólo porque él mismo se ha revelado como tal, sino también porque como tal lo ha declarado al mundo su eterno Padre desde el cielo. En efecto, notad bien, dice San Agustín, que se hallaban allí presentes Moisés y Elías, y que se hallaban también Pedro, Santiago y Juan; y sin embargo, de ninguno de ellos dijo el eterno Padre que eran sus hijos amados, porque éstos eran sólo sus hijos adoptivos. Sólo Jesucristo es hijo que tiene su misma substancia, sólo Jesucristo le complace por sí mismo; los demás no son agradables ni amados sino en Jesucristo y por Jesucristo. Así, pues, sólo es nombrado y alabado el que forma la gloria y el honor de los profetas.

Recordemos también que David había dicho: «El Tabor y el Hermón se verán saltar de alegría al oír, Señor, pronunciar vuestro nombre»: *Tabor et Hermon in nomine tuo exultabunt.* (Psal. LXXXVIII.) Respecto al Hermón, monte que, no lejos de Gelboe, domina el lugar del Jordán donde Jesucristo recibió el bautismo, la profecía de David se había cumplido; porque en el misterio del bautismo de su divino Hijo dijo también el eterno Padre: «Este es mi Hijo muy amado, objeto de mis complacencias»; y esta voz divina que dió á Jesucristo su verdadero nombre, resonó en el cercano monte Hermón. Y ved aquí

también cómo se cumple hoy la otra parte de la profecía, porque la misma voz divina que pronunció las mismas palabras y el mismo nombre inefable de Jesucristo, y lo anunció por lo que él es en realidad, se repite y resuena hoy sobre el Tabor.

¡Oh testimonio magnífico y precioso! Con mucha razón San Pedro, en su segunda epístola, insiste tanto en este testimonio, diciendo: «No con la autoridad de doctas fábulas, contadas por otros, os hemos predicado la omnipotencia de nuestro Señor Jesucristo y su presencia divina en todos los lugares, sino porque hemos sido nosotros mismos testigos oculares de su majestad y de su grandeza: *Non doctas fabulas secuti, notam fecimus vobis Domini nostri Jesu Christi virtutem et presentiam: sed speculatores facti illius magnitudinis.* Porque, en efecto, el mismo Dios Padre, con un aparato de magnificencia, le tributó el honor y la gloria que le es debida como Dios, con aquellas palabras que pronunció sobre él: «Este es mi Hijo amado, en quien yo me complazco; escuchadle»; y esta voz inefable y divina, salida de los cielos, la oímos nosotros con nuestros oídos cuando estábamos en su compañía sobre el monte santo.»

Pero no basta creer los misterios de este divino Hijo, sino que se necesita escuchar con docilidad su doctrina y cumplir su ley; por esta razón añadió el eterno Padre: *Escuchadle; Ipsum audite.* ¡Oh qué magníficas son estas palabras! Ellas nos enseñan, dice San León, que ha cesado la antigua alianza y se ha establecido la nueva; que Jesucristo ha venido á ocupar el lugar de Moisés y de los profetas, y que la ley antigua ha sido substituida por el Evangelio.

Observemos también que el eterno Padre en el bautismo dijo solamente: «Este es mi Hijo amado»; y en el Tabor añade á las mismas palabras estas otras: *Escuchadle*; porque en el Tabor ha sido constituido Jesucristo nuestro Redentor, y en el Tabor ha sido constituido también nuestro Maestro; en el bautismo fué mostrado como víctima de nuestros pecados, y en el Tabor como doctor y legislador de nuestra vida. En efecto, la palabra *Escuchadle* quiere decir: Mis designios y mi voluntad los habéis conocido hasta ahora por medio de los patriarcas y de los profetas, pero desde hoy los debéis conocer por este mi Hijo. Este es el único cuyas acciones me complacen en todo, cuya predicación me manifiesta al mundo y cuya humildad me glorifica. Escuchadle, pues, porque escuchándole, es como si me escucháis á mí; él es mi virtud y mi sabiduría, él es también el camino que conduce, la verdad que ilumina y la vida que hace inmortal: *Ipsum audite.*

Al oír una voz tan majestuosa, tan magnífica y tan sonora, los

tres apóstoles, poseídos de un religioso temor, cayeron boca abajo en el suelo: *Et audientes discipuli ceciderunt in faciem suam; et timuerunt valde* (Matth., 6); porque, como dice San Jerónimo, la fragilidad humana no puede en esta vida sufrir la vista y el peso de la majestad divina.

Pero el amoroso Jesús, añade el Evangelista, acercándose a los tres discípulos con un aspecto de la más grande amabilidad, y extendiendo sobre ellos su mano piadosa, les dijo: «Levantaos, y no temáis»: *Et accessit Jesus, et tetigit eos, dixitque eis: Surgite et nolite timere*. Matth., 7.) Ved aquí el misterio, ved aquí el oficio del tierno y piadoso Jesús, como mediador que es entre Dios y los hombres: el de elevar hasta Dios con su misericordia y con su bondad á aquellos á quienes la idea de la majestad divina confunde, aquellos á quienes la voz de trueno del Dios de justicia espanta y amedrenta.

Habiendo vuelto los apóstoles del éxtasis de su gozo y de su temor, prosigue el Evangelista; habiéndose levantado de la tierra y abriendo sus ojos, vieron tan sólo á Jesucristo: *Levantes autem oculos suos, neminem viderunt nisi solum Jesum*. (Matth., 8.) Y ¿qué necesidad hay de ninguna otra persona donde se halla Jesucristo? La posesión de todo, para nada sirve sin Jesucristo, y la posesión de Jesucristo solo basta para compensar la pérdida de todo; porque Jesucristo, como dice San Pablo, lo es todo, la luz que nos ilumina, la gracia que nos sostiene, el gozo que nos consuela y el premio que nos recompensa: todo se encuentra y todo se posee encontrando y poseyendo á Jesucristo: *In ipso omnia*. (Rom., XI.)

Pero estas palabras en su misma sencillez encierran un profundo misterio. Orígenes dice: «Moisés y Elias, que al fin de esta grande visión desaparecen y dejan á Jesucristo solo en compañía de los apóstoles, significan claramente que la ley, representada por Moisés, y los profetas, personificados en Elias, se convierten y se refunden desde este día en el Evangelio de Jesucristo. Y Moisés y Elias, que no se vuelven á ver, indican que ha concluido la misión de la ley de los profetas hoy que Jesucristo se ha manifestado en la gloria de su reino espiritual, y ha sido proclamado y anunciado con tanta solemidad por su eterno Padre, en presencia del cielo y de la tierra, como Hijo de Dios, como Mesías, como Redentor y Maestro del mundo. ¡Oh gozoso misterio! Moisés y Elias se retiran después de haber tributado el último homenaje á Jesús. Los siervos se retiran cuando se ha presentado el Señor, las figuras desaparecen cuando ha venido el figurado, las profecías cesan cuando se halla presente aquel que las cumple, las sombras ceden el lugar á la realidad, las imágenes se

ocultan en presencia del grande original, los precursores se eclipsan en presencia del Mesías, los hombres se anonadan á la vista de Dios.

Observemos también para nuestro mayor consuelo, que, así como los apóstoles después de la visión quedaron solos con Jesucristo: *Neminem viderant nisi solum Jesum*; así Jesucristo quedó solo en compañía de los apóstoles; y así como Moisés y Elias representaban la Sinagoga, así los tres apóstoles, con Pedro á la cabeza, representaban la Iglesia, porque representaban, no sólo á todos los pastores que la gobiernan, sino también á todos los fieles que la componen. Por consiguiente, el hecho de haber dejado Moisés y Elias á Jesucristo solo con los apóstoles, significaba que la Sinagoga lo cedia y lo transmitía á la Iglesia; que se constituía, por decirlo así, propiedad de la Iglesia, y que comenzaba á habitar en la Iglesia hasta el fin del mundo: *Ecce ego vobiscum sum usque ad consummationem seculi*. Por lo tanto, desde hoy ha pasado á la Iglesia el ministerio de predicar al mundo este Redentor, que la Sinagoga estaba encargada de anunciar; desde hoy tiene ella la misión de hacer que sea conocido, amado y poseído de todos este Redentor, que la Sinagoga había figurado y prometido.

Finalmente, al quedar Jesucristo solo con los apóstoles, sin que estuviese presente Moisés que aterrara con su espada ni Elias que espantase con su fuego, daba á entender que quedaba con nosotros con la mayor familiaridad y bondad, como hermano, como esposo y como amigo, con quien podemos tratar y conversar con la mayor confianza y amor.

Pero una visión tan extraordinaria, un misterio tan grande y tan profundo, que contenía en sí tantos misterios, excedía con mucho la inteligencia carnal de los judíos. En vano, pues, hubieran afirmado los tres apóstoles, aunque hubiera sido con juramento, que lo habían visto con sus mismos ojos; jamás hubieran podido hacerlo creer á los judíos; por el contrario, con semejante narración los hubieran exasperado mucho más, y hubieran excitado en ellos más envidia que amor y más odio que devoción hacia Jesucristo. Por esta razón, al bajar Jesucristo del monte con los tres apóstoles, les dijo: «No contéis á nadie lo que habéis visto hoy; yo os lo mando.» Pero no encargó el Señor á los apóstoles el secreto de este misterio para siempre, sino sólo hasta que resucitase de entre los muertos: *Donec filius hominis á mortuis resurgat*. (Matth., 9.) Y después de la resurrección, en efecto, fué cuando, por medio de los apóstoles y de los evangelistas, conoció el mundo cristiano este misterio, el más grande tal vez y el más glorioso de la vida mortal del Salvador.

Nosotros los cristianos, no sólo tenemos la fe de este gran misterio, sino también su gracia; no sólo hemos recibido su conocimiento, sino que también hemos participado de él; porque habiendo Jesucristo obrado siempre como cabeza, todas las gracias y todas las glorias de sus misterios son comunes a los miembros. Así, pues, esta transfiguración del cuerpo real de Jesucristo fué una figura de la que había de obrar más tarde y obra diariamente en su cuerpo místico, la Iglesia, transformando con su gracia los hijos de los hombres en verdaderos hijos de Dios: *Dedit eis potestatem filios Dei fieri. (Joan., I.)* Por esta razón, como observa San Cipriano, al decir de Jesucristo el eterno Padre: «Este es mi Hijo amado», pronunció también para nosotros y quiso imprimir en nuestro entendimiento estas dos palabras de *hijo* y de *amado*, que son las más dulces y suaves que pueden pronunciarse. ¡Oh amor del eterno Padre! Con estas palabras de tanta suavidad y de tanta dulzura, no sólo quiso honrar a su Hijo consubstancial, sino también ablandar el alma de nosotros, sus hijos adoptivos, y atraernos á su confianza y amor, haciéndonos saber que si por la gracia nos unimos á Jesucristo y nos incorporamos á él, nos transfiguraremos también en hijos de Dios, y adquiriendo con la debida proporción los privilegios de la persona de Jesucristo, mereceremos sus mismos nombres y seremos también tratados como *amados* y como *hijos*.

Comprended bien, hermanos míos, la nobleza de la condición á que sois llamados; es decir, á ser *hijos de Dios: In spe gloriæ filiorum Dei. (Rom., v.)* ¿A qué, pues, tantos cuidados, tantos esfuerzos, tantos sacrificios y tanta maldad para alcanzar honores terrenos? ¡Honores vanos, que no os dan el mérito, de que carecéis, y que os hacen más despreciables aún á los ojos de los hombres, mientras que nada os recomiendan á los ojos de Dios! Honores malvados, que, lisonjeando vuestro orgullo, hacen infeliz vuestro corazón! ¡Honores fugitivos, que en el transcurso de pocos lustros, ó tal vez de pocos años, os serán arrebatados por la mano inexorable de la muerte, y no dejarán á vuestra alma más que el disgusto de haberlos disfrutado y el remordimiento de haber abusado de ellos! ¿Por qué, pues, estúpidos y necios, los buscáis y los amáis hasta el punto de sacrificar á ellos el alma y el cuerpo, el tiempo y la eternidad?

¡Oh fe de Jesucristo, á lo que has venido á parar entre los cristianos! ¿Qué medios no se ponen en juego en el mundo á fin de llegar á ser mayordomo, gentilhomme, caballero, siervo, en una palabra, del rey de la tierra? Y ¡qué poca prisa se dan por hacerse, no siervos, no amigos solamente, sino hijos del gran Monarca de los

cielos! ¡Ay! si el estímulo de la verdadera gloria nos incita, si la ambición nos mueve, aspiremos á cosas más sólidas y más duraderas. Procuremos volver á la gracia de nuestro Dios; adornarnos y embellecernos con las vestiduras de la caridad, que nos transfigurará desde ahora en verdaderos hijos de Dios, y podremos con razón repetir: «Dios, el Criador, el Señor del cielo y de la tierra, es nuestro Padre, y nosotros somos sus hijos.» Procuremos á toda costa hacernos tales desde ahora; porque, si somos hijos de Dios en el tiempo, seremos indudablemente sus herederos en la eternidad. *Así sea.*

DE LA TRANSGURACIÓN DEL SEÑOR

Salvátorem expectamus dominum nostrum Jesum Christum, qui reformabit corpus humilitatis nostræ, configuratum corpori claritatis suæ.

Esperamos al Salvador nuestro Señor Jesucristo, el cual reformará nuestro cuerpo abito para hacerlo conforme á su cuerpo glorioso.

(S. PABLO Á LOS PHILIP. III, 20, 21.)

Todo lo que vieron con sus ojos y oyeron con sus oídos, amados hermanos, los tres apóstoles en el Tabor, en ellos y por ellos, dice San León, lo aprendió la Iglesia. Por consiguiente, en la transfiguración, en la que Jesucristo mostró á los apóstoles su cuerpo real tan magnífico y tan glorioso, reveló á su cuerpo místico, la Iglesia, con una providencia admirable la transfiguración tan feliz que le espera en el cielo, consolidando y avivando sus esperanzas de tal manera, que todos los fieles que son miembros de este cuerpo místico se prometen verse un día rodeados de la misma gloria que hoy ven resplandecer en su cabeza. En efecto, como dice San Pablo, no tendremos nosotros en el cielo, como siervos y extraños, una bienaventuranza aparte: sino como domésticos y familiares de Dios: como sus hijos y

herederos, y coherederos de nuestro hermano primogénito Jesucristo; *Heredes quidem Dei, cohæredes autem Christi* (Rom., VIII), seremos participantes de su misma felicidad, así como somos en la tierra participantes de sus mismas penas: y así seremos también participantes de su mismo reino. El mismo Jesucristo se ha valido de expresiones más tiernas aún, diciendo: «Yo haré que se siente junto á mí en mi mismo trono aquel que haya sabido vencerse á sí mismo.» Y en otro lugar dijo también á los apóstoles: En mi reino os haré sentar á mi mesa, y os alimentaré con mi misma comida y con mi misma bebida; *ut edatis et bibatis super mensam meam, in regno meo.* (Luc., XXII.)

Mas todo esto, que bastaría á nuestra felicidad, no basta á su amor. No sólo nos admitirá en el cielo al goce de los bienes de su mismo reino, sino también á la participación de los privilegios y de la gloria de su misma persona. En efecto, San Pablo ha dicho: «Vosotros, que al presente estáis como muertos, porque vuestra vida está escondida con Jesucristo en el seno de Dios, cuando este mismo Jesucristo se manifieste á vuestra vista, tendréis su misma vida, y os presentaréis en el cielo rodeados de su misma luz y de su misma gloria. Todo lo cual constituirá nuestra semejanza con Dios en el cielo. De esto vengo á hablaros hoy, hermanos míos. Mas antes pidamos la gracia. *Ave María.*»

Esta vida inefable de Jesucristo en nosotros, por la que seremos semejantes á él y viviremos de él, hermanos míos, comenzará á realizarse en nuestro cuerpo, que, según San Pablo, reformará nuestro amoroso Salvador bajo el modelo de la gloria del suyo. Así se cumplirá la profecía de David, de que nuestros huesos, humillados y abatidos en la tierra, se regocijarán en nosotros á la vista del Señor en los cielos: *Exultabunt Domino ossa humiliata.* (Psal. 50.) ¡Oh felicidad! prosigue diciendo el mismo apóstol. Este cuerpo, dejando en el sepulcro cuanto tenia de miserable y de caduco, despojándose de todas las deformidades y defectos de su antigua creación, en su creación nueva: se levantará en la misma edad del hombre perfecto, con la hermosa estatura y el majestuoso semblante de Jesucristo: *In virum perfectum, in mensuram ætatis plenitudinis Christi.* (Ephes., IV.)

No es esto decir que, despojándonos de este cuerpo, nos vestiremos de otro, sino que sufriremos una verdadera transfiguración, semejante á la de Jesucristo, por la cual, conservando, como él, la identidad de nuestra carne, participaremos de todos los privilegios de la suya; de modo que esta carne, al presente tan innoble, tan pesada, tan grosera, tan oscura, tan enferma, tan frágil y sujeta á la

muerte, espiritualizada en Jesucristo, adquirirá las cuatro dotes de la gloria: la *sutiliza*, la *ligereza*, la *claridad* y la *impasibilidad*; y será incorruptible con la misma incorruptibilidad, bella con la misma belleza, luminosa con la misma luz, gloriosa con la misma gloria, é inmortal con la misma inmortalidad de la carne glorificada de Jesucristo.

Mas esta felicísima semejanza nuestra no será sólo con la humanidad santísima de Jesucristo, sino también con su divinidad, de la que él mismo nos prometió hacernos participantes: *Ego claritatem, quam delisti mihi, dedi eis.* (Joan., XVII.) Por consiguiente, siendo semejantes á Jesucristo, seremos también semejantes al mismo Dios, y esta semejanza con Dios será, dice el Evangelista San Juan, una consecuencia necesaria de la clara visión de Dios.

Para entender este misterio, recordemos la filosofía sublime del angélico doctor Santo Tomás, según la cual, tal es la naturaleza del entendimiento, que toma la semejanza de todo cuanto conoce: y cuanto más perfecto es el conocimiento, tanto más perfecta es la semejanza; por consiguiente, aun en el mundo sucede que la cosa conocida, por el acto mismo del conocimiento, se repite y reproduce de un modo intencional en el entendimiento que la conoce: *Omne cognitum est in cognoscente.* Pues bien, como el bienaventurado conoce claramente á Dios, no sólo en sus obras, sino también en su misma naturaleza, como es en sí: *Sicuti est*; y lo conoce con un conocimiento, no ya exterior, accidental, superficial y pasajero, sino interior, esencial, profundo y permanente; por esta razón, dice Santo Tomás, por el hecho mismo de un conocimiento tan perfecto, Dios y su naturaleza, sus atributos y sus perfecciones, se pintan, se graban, se reproducen y se repiten en el entendimiento del bienaventurado, que, absorto en la consideración de las bellezas infinitas, se transforma y se hace semejante al grande objeto que ve.

Pero antes que Santo Tomás, nos había explicado San Pablo el mismo misterio con una hermosa comparación. A la manera, dice, que un espejo colocado delante de un objeto reproduce su imagen, así también nosotros, cuando, purificados por la gracia y embellecidos é iluminados por la gloria seamos colocados delante de Dios como espejos muy tersos para contemplarlo en toda su majestad, por la virtud de su divino espíritu copiaremos en nosotros mismos este gran Ser y nos haremos una imagen clara y perfecta de él. Nosotros no comprendemos cómo sucederá esto, pero sabemos de positivo que sucederá. Y en efecto, ¿no veis en este momento que la misma verdad que yo os anuncio, sin dividirse ni alterarse, se reproduce toda

entera en el entendimiento de todos los que me escuchan? No veis que el que se mira en un espejo dividido en mil pedazos, repite en cada uno de ellos su figura? Pues bien, de la misma manera, dice Santo Tomás, la figura divina, la imagen de Dios, sin dividirse ni alterarse, se repite entera y perfecta en el entendimiento de los bienaventurados, que lo contemplan en el cielo.

Pero la semejanza entre el bienaventurado y Dios no es sólo de conocimiento, dice San Agustín, sino también de afecto. Dios en el cielo está todo en todos; se comunica y se repite, no sólo en el entendimiento, sino también en el corazón de todos; á todos los comprende en su amor, en el que arden siempre, porque siempre lo contemplan; es decir, que la felicidad de conocer claramente á Dios les produce la necesidad de amarle. Y cómo es posible, dice San Agustín, ver una belleza infinita en toda la magnificencia de sus gracias, de sus perfecciones y de sus encantos, y no amarla? Así pues, la visión de los bienaventurados no es una visión abstractiva, sin interés y sin sentimiento, sino, según las magníficas palabras del Eclesiástico, una profunda actuación del entendimiento, unida á una adhesión perfecta de corazón, por la que el alma, con todas sus potencias, con todos sus afectos, con todo el deseo, con todo el ímpetu y con todo el ardor de que es capaz, se fija en esta belleza infinita, que la atrae á sí. Pues bien, las llamas del amor divino, recibidas y transmitidas de Dios en el alma, y del alma en Dios, con un flujo y reflujo permanente, con una circulación eterna, realizan el misterio con que el alma, recibiendo y mandando á Dios un mismo amor, y uniéndose á él de la manera más íntima y más perfecta, Dios está todo en el alma, y el alma está toda en Dios; porque, así como el objeto conocido está en el que conoce, así también el objeto amado, por la condición del amor, se copia y se reproduce en el amante. Ahora bien, es imposible que el corazón lleno de Dios, circundado por las llamas de la caridad infinita de Dios, no imprima en sí la semejanza de Dios. Aquel que se une á Dios por la caridad, se hace, dice San Pablo, un mismo espíritu y una misma cosa con Dios: *Qui adheret Deo, unus spiritus est.* (I, *Corinth.*, iv.) A la manera, dice San Agustín, que un hierro echado en el fuego toma su claridad, su color y su naturaleza de tal modo que no se distingue del fuego, así también el bienaventurado, perdido en la hoguera del amor infinito de Dios, toma la semejanza de este amor y se hace semejante á Dios.

¡Oh condición feliz del hombre en el cielo! dice San Buenaventura: las miserias, las fragilidades humanas no existen allí; el fuego del amor infinito las ha absorbido, las ha destruido, y las ha conver-

tido en propiedades divinas. Allí se halla, no sólo el hierro convertido en fuego, sino el barro transfigurado en Dios. Y ¿qué extraño es esto? Si la caridad divina, infundida con limitación y medida en el corazón de los hombres viadores en estado de gracia, los hace, como dice San Pedro, participantes de la naturaleza divina: *Divina consortes naturæ* (II, *Petr.*, i), ¿cuánto más íntima y más perfecta será esta participación de la naturaleza divina para el hombre comprensor en el estado de gloria, donde la caridad divina no sólo está infundida en su corazón, sino que lo circunda todo, lo rodea, lo penetra y lo llena? No se verifica, pues, en el cielo, dice San Gregorio Niceno, una participación imperfecta ni un consorcio lejano, como el que se obtiene en la tierra: *Divina consortes naturæ*; sino una elevación inefable de la misma naturaleza humana y una verdadera transformación del hombre en Dios.

Por esta razón el Profeta nos representa á Dios en el cielo como sentado en una magnífica y augusta asamblea de dioses: *Stetit Deus in Sinagoga Deorum.* (Psal. LXXXI); porque allí los bienaventurados, como dice David, por una infusión inmensa del amor de Dios sobre ellos, son otros tantos hijos verdaderos del Altísimo, que copian su naturaleza y aparecen como otros tantos dioses: *Ego dixit: Di estis, et filii excelsi omnes* (*Ibid.*). Todas las diferencias están allí abolidas, todas las distinciones destruidas. Allí no queda otra distinción que la de Criador y criatura; pero criatura elevada por el Criador, por una semejanza perfecta con él, á ser por gracia lo que el es por naturaleza; porque recibiendo en su seno, su espíritu la anima, su substancia la mantiene, su ser la sustenta, su divinidad la deifica sin destruirla; le da una nueva forma sin quitarle su naturaleza, y la hace ser semejante á Dios por participación, sin dejar de ser criatura por esencia.

Mas para que nada falte á la perfección de esta semejanza del alma bienaventurada con Dios, al copiar ella en sí misma la unidad de la naturaleza divina, copia al mismo tiempo la Trinidad de las divinas Personas. Recordemos por lo mismo que todas las tres divinas Personas concurren á la creación del hombre: *Faciamus hominem.* (*Gen.*, ii.) El Padre le dió el entendimiento, el Hijo el pensamiento y el Espíritu Santo la voluntad; de tal manera, que, así como Dios, en la unidad de su naturaleza, es Padre, Hijo y Espíritu Santo, así el hombre es entendimiento, sabiduría y amor en la unidad de su substancia espiritual; lleva desde su origen impreso el sello glorioso de la Unidad y de la Trinidad de Dios, y es su imagen fiel y perfecta: *Ad imaginem quippe Dei factus est homo.* (*Ibid.*) Pero esta imagen augusta

de Dios en el hombre, durante esta vida mortal es alterada con frecuencia por los vicios y oscurecida por los vapores de los deseos carnales y de los afectos profanos. Y ¿qué hace entonces la Trinidad augusta? Restaura, dice San Pablo, por medio de la gracia la imagen de Dios en el hombre; sobre las ruinas del hombre viejo reforma el hombre nuevo, el hombre de la creación primitiva, formado antes en la justicia y en la verdad de Dios.

Así como las tres divinas Personas tuvieron parte en nuestra creación y en nuestra santificación, así también la tendrán en nuestra beatificación; así como las tres obraron en nosotros el misterio de la naturaleza y el de la gracia, de la misma manera consumirán también el de la gloria, y nos comunicarán con más abundancia, y de una manera más admirable y más perfecta, el Padre el poder de su entendimiento, el Verbo los tesoros de su sabiduría y el Espíritu Santo las delicias de su bondad. Y de esta manera el bienaventurado, según la enérgica expresión de San Pablo, será lleno de toda la plenitud de Dios: *Ut impleamini in omnem plenitudinem Dei.* (Ephes., 11); plenitud de poder, plenitud de sabiduría y plenitud de bondad, con las que el entendimiento criado, revestido de la energía del entendimiento increado, engendrará en sí mismo un verbo inefable, una palabra interior, que será como el eco del Verbo, de la palabra increada; y este entendimiento y esta palabra reposarán uno en otro con una complacencia semejante al Amor increado; es decir, que las potencias del alma se corresponderán en cierto modo entre sí con las relaciones inefables con que se corresponden perennemente las Personas divinas, y que el misterio de la Trinidad, que se obra eternamente en los abismos de la naturaleza infinita, se repite y se reproduce de continuo en la naturaleza finita, no sólo por medio de sello y de *vestigio*, como se encuentra, según Santo Tomás, en todas las criaturas, sino por vía de *semejanza* y por medio de una operación continua y permanente. Así el alma bienaventurada no es sólo una imagen muerta, en la que se encuentran los rasgos divinos, sino una imagen viva, en la que se encuentran las divinas Personas; una imitación, una repetición en pequeño, digámoslo así, del Dios uno y trino, poderosa con su mismo poder, sabia con su misma sabiduría, amante con su mismo amor, viva con su misma vida, resplandeciente con su misma luz, bella con su misma hermosura, grande con su misma grandeza, gloriosa con su misma gloria, y feliz con su misma felicidad. Tal será la perfecta semejanza del alma bienaventurada con Dios; ahora vamos á considerar sus efectos.

En primer lugar, asemejarse á Dios el espíritu comprensor de

una manera tan íntima y tan perfecta, no es otra cosa que poseerlo como es poseído por él. Por consiguiente, el misterio de la gloria se contiene todo en aquel pasaje de los *Cantares*, en que la Esposa dice al divino Esposo: «Así como yo soy toda de mi Amado, así mi Amado es todo mío»: *Dilectus meus mihi, et ego illi.* (Cantic. 11.) Dios es el sumo bien, y por lo mismo contiene en sí todos los bienes. Comunicando, pues, Dios al alma todo su ser, le comunica, dice San Ireneo, su misma luz y su misma vida; en una palabra, la hace dueña de todos los bienes que de él proceden. En el Evangelio compara Jesucristo el reino de los cielos á un tesoro: *Simile est regnum celorum thesauro*; porque, así como el que encuentra un tesoro, lo encuentra todo (porque en el oro todo se contiene), así el alma en el cielo, encontrando á Dios y poseyendo á Dios, encuentra y posee todos los bienes, porque todos ellos se contienen en Dios; y de la misma manera que el alma condenada, habiendo perdido á Dios para siempre, se ve privada eternamente de todo bien, y por lo mismo es la víctima de todo mal (porque el mal no es otra cosa que la privación del bien), de la misma manera el alma bienaventurada, poseyendo á Dios por su semejanza con Dios, posee en Dios todos los bienes; y así como el infierno es el estado triste en que se encierran todos los males, de la misma manera el paraíso es el estado feliz por la posesión y por el goce simultáneo, pleno y perfecto de todos los bienes, como enseña la teología católica. Pero ¿cuáles y cuántos son estos bienes? Ni yo sabré explicároslo ni vosotros podréis comprenderlo en manera alguna. Contentémonos, pues, con indicar dos solos de ellos, la paz y el gozo, de que con mucha frecuencia se hace mención en la Escritura, y de que nos es en cierto modo posible formar una idea.

Uno de los mayores bienes de que en esta miserable vida goza el alma que está en gracia de Dios, es la paz de Dios; es decir, aquel reposo interior de los afectos, aquella calma del corazón, tan suave, tan dulce y tan inefable, que, como dice San Pablo, y como lo experimentan en sí mismas todas las almas perfectas, excede los placeres más vivos y más intensos, y hace tener por vil todo deleite sensual y todo recreo mundano: *Pax Dei quæ exsuperat omnem sensum.* (Philip., 14.) Y no sólo las almas santas y perfectas, sino aun las pecadoras, apenas han confesado sinceramente sus pecados, participan de esta paz divina; de tal manera que, como nos asegura San Agustín, que lo había experimentado, las lágrimas que la verdadera contrición hace correr de un corazón humillado y arrepentido á los pies de Jesús crucificado, son mucho más deliciosas y más dulces que todos los falsos placeres del mundo.

Pues bien, esta paz que goza el alma justificada, que la indemniza de la privación de todos los bienes sensibles, y sin la que todos los bienes sensibles nada valen para hacer tranquilo y feliz el corazón; esta paz, tan santa, tan pura, tan dulce y tan preciosa, que experimenta el alma fiel en la tierra, es apenas el principio, el germen y la muestra de la paz inefable que la semejanza y la posesión de Dios hace experimentar en el cielo, porque es la participación de la paz y de la tranquilidad infinita de que disfruta la misma naturaleza infinita, Dios.

Apenas el alma escogida penetra en los umbrales de la mansión celestial, sentirá correr y venir en su seno, desde el trono de Dios, que contempla, que posee y en quien se transforma, un torrente de paz; experimentará una quietud, una calma tan nueva, tan dulce y tan perfecta, que sólo por ella se llamará mil veces bienaventurada; porque la verdadera bienaventuranza consiste principalmente, como dice San Agustín, en la tranquilidad de los afectos; y arrebatada y fuera de sí por un sentimiento de placer infinito, exclamará: «¡Feliz de mí! Ya veo cumplida en mí la amorosa promesa que me había hecho por medio de su profeta, de que un día me pondría en posesión de las bellezas de la paz en esta región de la santa confianza, y me haría sentar en el seno de un rico y abundante reposo.»

A esta paz dulcísima é inagotable va unido también aquello que la teología, con una expresión evangélica, llama el gozo, efecto también de la residencia de Dios en el alma y de la transformación del alma en Dios; porque, así como la separación de Dios hace experimentar al réprobo en el infierno un dolor incomprensible é inmenso, de la misma manera la unión, la semejanza y la transformación en Dios hace experimentar al elegido en la verdadera Jerusalén una dicha, una felicidad y un gozo inmenso también é incomprensible. Deduzcámoslo de lo que sucede en la tierra á aquellas almas heroicas en las que, secándose, según la frase de San Gregorio, el mundo sensible con todo cuanto lo compone *In quorum cordibus mundus aruerat*, y comenzando á adquirir por medio de un amor ferviente aquella feliz semejanza, efecto admirable de la gracia que las hace vivir en Dios y con Dios, comienzan por lo mismo á experimentar una muestra anticipada de la felicidad del cielo. ¡Momentos felices, que no es posible pintar! Un rayo del eterno resplandor ilumina sus entendimientos con una luz purísima, y deja entrever algunos rasgos de la belleza infinita. La voz del Amado resuena con un suavisimo acento en los oídos del corazón: *Vox Dilecti pulsantis* (Cant. v.), y el corazón le responde con quejas amorosas sobre la prolongación

de su destierro, con ardientes suspiros, con ternos afectos, con vivos transportes y con cánticos suaves. Se siente una agitación repentina en el fondo del alma, que, profundamente comovida, se desprende, se eleva sobre sí misma, se apasiona, se enciende y se inflama; como fuera de sí, desea precipitarse en el seno de Dios, que se le muestra desde lejos, y la atrae á sí con las cadenas del amor más tierno: *In vinculis charitatis* (Ose., xi.) Entonces los sentidos pierden su natural gravedad, y no oponen más que una ligera resistencia al ímpetu del espíritu. De aquí nacen los dulces deliquios, los prolongados éxtasis, los raptos sublimes, las elevaciones de la tierra, la profunda operación de las potencias de Dios, por la que el alma nada entiende ya, ni aun á sí misma; y mientras que la imaginación absorbe se fija, y el entendimiento arrebatado contempla, es tal la abundancia de consuelo, de dulzura celestial y de suavidad misteriosa que inunda el corazón, que no distinguen ya estas almas afortunadas si están en el cielo ó en la tierra, en el cuerpo ó fuera de él: *Sive in corpore, sive extra corpus nescio* (II, Cor., xi); hasta tal extremo, que, no pudiendo sufrir el exceso de tanto gozo, se ven obligadas á exclamar, como San Francisco Javier y Santa Teresa: «Basta, basta, Señor; no más delicias.»

Y si tales son los consuelos y tal es el gozo que el amor imperfecto del sumo bien hace experimentar algunas veces en este destierro, ¿cuáles serán los que el mismo amor perfecto hará experimentar en la patria? Si la Bondad divina trata de este modo á los viadores en la tierra, ¿de qué manera recompensará á los comprensores en el cielo? Si estas pequeñas centellas de las dulzuras celestiales que se desprenden alguna vez de los collados eternos sobre las almas amantes *Stillabant montes dulcedinem*, bastan para hacerlas felices aun en medio de las privaciones más austeras y de los más atroces tormentos, ¿qué sensación de gozo íntimo y espiritual no excitarán en el alma los torrentes de esas mismas delicias, que de la fuente de los eternos deleites corren en el cielo y vienen á llenar el alma, á inundarla y á embriagarla? *Torrente voluptatis tue potabis eos.* (Ps. xxxv.) *Inebriabuntur ab ubertate domus Dei!* (Ibid.)

Sólo el Espíritu Santo, espíritu de Sabiduría y de luz, que el Padre de la gloria dispensa alguna vez en la tierra, puede dar, dice San Pablo, alguna idea de la riqueza, de la gloria, de la abundancia y de la profusión del gozo que está reservado en el cielo por herencia á los elegidos.

Nos dice en primer lugar que este gozo es pleno y perfecto: *Ut gaudium vestrum sit plenum* (Joan., xv); palabra sencilla, pero que no

hay un entendimiento criado que pueda comprender su extensión y su profundidad; porque *gozo pleno* significa la posesión entera, perfecta y simultánea de todos los deleites, de todos los placeres, de todas las delicias y de todos los bienes que el alma puede desear. Nuestro corazón es como inmenso en sus deseos, y ningún bien finito puede satisfacerlo. Sólo en el cielo, poseyendo á aquel que todo lo posee; conteniendo á aquel que todo lo contiene, y lleno de aquel que todo lo llena, goza de una felicidad á que nada falta, sino que es más extensa aún y más dilatada que sus mismos deseos, y por lo mismo es más plena y más perfecta de lo que puede desearse: *Ut gaudium vestrum sit plenum.*

La segunda cualidad que nos ha revelado Jesucristo del gozo del cielo es que la medida de este gozo consiste en no tener medida. El torrente de los deleites corre con tal ímpetu y en tanta abundancia, que el corazón es incapaz de contener toda su plenitud. Por esta razón, en primer lugar inunda toda el alma, se introduce en todas sus potencias, y la penetra en todos sus receptáculos más secretos y en sus fibras más sutiles, á la manera que el agua penetra las partes más íntimas de una esponja sumergida en ella. Después engendra en el alma un sentimiento exquisito de delicia y de contento, de tal manera, que puede decir que no experimenta ya el gozo, sino que es, como el gozo mismo, personificado y viviente. Finalmente, hace salir al exterior este gozo, la viste de él, la rodea, la cubre y la inunda. Por esta razón dice Jesucristo en el Evangelio, que después que el gozo pleno del Señor entra en el corazón del elegido, *Ut gaudium vestrum sit plenum* (Joan., xvi), el mismo elegido entra en el gozo del Señor: *Intra in gaudium Domini tui.* (Math., xxv.) El corazón es sin duda el centro y la esfera del gozo, porque el corazón es quien lo apetece, lo desea y lo recibe; mas después de haberlo recibido, es circundado por él. El continente se hace á su vez el contenido; mientras el gozo está en el corazón, el corazón está en el gozo. El gozo entra en el corazón como un torrente, y el corazón se sumerge en el gozo como en un piélago de inmensas delicias, y allí permanece como absorbido y naufragado, y allí se abandona y se pierde: *Intra in gaudium Domini tui.*

La tercera cualidad, en fin, y la más importante, del gozo del cielo, consiste, dice Jesucristo, en que, después que el alma ha entrado en posesión de él, no puede perderlo ni puede serle arrebatado por nadie: *El gaudium vestrum nemo tollet à vobis.* (Joan., xvi); porque, por muy grande que sea la felicidad del cielo, dejaría de ser una felicidad verdadera, dice San Agustín, si no fuese inamisible,

inmortal y eterna. El solo pensamiento, el solo temor, aunque fuese remoto, de que esta felicidad pudiese terminar un día, haría más infelices á los santos, que felices los hace el placer de gozar de ella. Luego, así como la felicidad en este mundo es un estado excepcional, una eventualidad pasajera, una variación accidental, que rompe por pocos instantes la monotonía de los disgustos y de las amarguras de la vida, en el cielo esta misma felicidad es una situación inalterable, un estado propio, permanente y eterno, y, por lo mismo, perfecto.

Elevémonos, pues, por encima de esta baja región de los sentidos, de las ilusiones y de los engaños, y fijemos nuestros pensamientos y nuestros afectos en la feliz mansión de los espíritus y de la verdad, donde se encuentran los verdaderos gozos. La tierra es la mansión del trabajo, y el cielo es el lugar del reposo; la tierra es el lugar del mérito, y en el cielo es donde se halla la recompensa; la tierra es el campo de batalla, y en el cielo está la corona; la tierra es la región del llanto, y en el cielo está la verdadera alegría; la tierra es lugar de destierro, y el cielo es la patria. Un hijo, dejado momentáneamente por su padre rico en un país extranjero al cuidado de su madre pobre, se consuela en su miseria, en su humillación y en su dolor, diciendo: «Yo tengo mi padre, á quien nada falta; él vendrá y me volverá á mi patria, donde seré rico y feliz con él.» Pues de la misma manera nosotros, que hemos sido dejados momentáneamente en este país de destierro por nuestro Padre celestial, confiados á los cuidados de nuestra pobre madre la Iglesia, cuando la miseria nos acóse, las enfermedades nos alijan, las tribulaciones nos acometan, la calumnia nos persiga, la injusticia nos oprima, el mundo nos olvide y nos desprecie por causa de nuestra humildad, de nuestro pudor, de nuestra justicia y de nuestra piedad, consolémonos diciendo: «Yo tengo por padre al mismo Dios; yo tengo á Jesucristo, que es dueño y Señor del mundo. Un día vendrá este mi tierno Padre, este mi Salvador amoroso, á sacarme de este valle de lágrimas y conducirme á la patria del cielo, y convertirá mi pobreza en riqueza, mis penas en gozo y mis humillaciones en gloria, y me dará parte de su misma grandeza y de su misma felicidad.» Así sea.

DE LA TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR

Assumit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem fratrem suum, et ducit illos in montem excelsum secretum; et transfiguratus est ante eos.

Toma Jesús á Pedro, y á Santiago, y á Juan su hermano, y los lleva aparte á un monte alto; y se transfiguró delante de ellos.

(S. MATEO, c. 17, v. 1 y 2.)

El inefable misterio de la transfiguración que nos anuncia el Evangelio, hermanos míos, no solamente debe confirmar nuestra fe sobre la vida bienaventurada, sino animar también y encender nuestra esperanza en orden á las recompensas eternas que tiene Dios preparadas á los que le aman: ¡dones inestimables y los solos capaces de saciar el alma! ¡incomparables recompensas, dignas de la magnificencia del Señor, cuyo objeto adorable es el mismo Dios!

En vano, pues, me fatigaría yo en discutir asunto raro y peregrino para este día, cuando tenemos el cielo abierto, término de nuestra peregrinación. Sí, señores, el cielo, nuestra patria permanente, la gloria, digo, de los bienaventurados, que consiste en ver y gozar de Dios eternamente, es el grande objeto de la Iglesia y la dulce recompensa del exacto cumplimiento de los deberes de la religión que profesamos. ¡Qué estímulo tan poderoso para fijarnos en nuestro último fin! En efecto, ¿quién será capaz de separarnos de esta idea, si consideramos que la gloria, representada en la transfiguración de Jesucristo, es en primer lugar la recompensa que nos prepara el Señor en su magnificencia; y en segundo, que ésta consiste en el mismo Dios: dos breves reflexiones que abrazan toda la materia, dignas ciertamente de esta cátedra y á propósito para vuestra instrucción. Pidamos las luces del Espíritu Santo por medio de la poderosa intercesión de María Santísima. Saludémosla humildes con el ángel del Señor. *Ave María.*

Las obras del Señor siempre fueron perfectas, como emanadas del principio y origen de toda perfección. Mas su infinita sabiduría, que todo lo dispone en número, peso y medida, se dignó atender á nuestra limitación, manifestándonos únicamente en ellas la luz y resplandor que somos capaces de sufrir en esta vida mortal, y reservando para la eterna la manifestación de lo que es en sí, y la participación de aquel inefable torrente de delicias, que debe embriagar para siempre el espíritu de sus escogidos.

Así, aunque mientras estuvo Jesucristo sobre la tierra, se dignó darnos pruebas palpables de la verdad de sus promesas, en orden á la gloria preparada á sus siervos en el siglo futuro; ya cuando en su transfiguración permitió que la claridad debida á su sacratísima humanidad difundiese algunos rayos sobre su divino rostro y vestidos, haciéndole brillar más que el sol sobre la blancura de la nieve; ya cuando en el día de su gloriosa ascensión se elevó por su propia virtud sobre las alas de los vientos, no con la rapidez de Elias, sino con lentitud, como quien va á tomar posesión de un reino inmortal, en cuyos derechos nos habia restituido con su propia sangre, y del cual como jefe nos abría las sendas, según la expresión de un profeta; con todo es preciso confesar, que este esplendor de majestad no es más que una figura ó simbolo de la gloria futura: pues como el hombre no puede ver intuitivamente á Dios en vida, según su mismo oráculo le reserva para la eternidad el complemento de sus divinas recompensas.

El Verbo Eterno, por quien todas las cosas fueron hechas, trázó en la eternidad el plan de estas moradas celestiales, no hechas por mano de los hombres, como dice San Pablo, sino fabricadas por sí mismo para su permanencia. Como es la bondad por esencia, quiso hacer comunicables sus dones. De la misma masa de perdición se dignó elegir según su beneplácito unos héroes de santidad, que, desconocidos y aun despreciados comunmente de los mundanos, le adorasen en espíritu y verdad. Apóstoles celosos, que á costa de trabajos, peregrinaciones, persecuciones, y aun de su propia vida, llevasen su adorable nombre delante de los reyes y príncipes de toda la tierra, estableciendo la fe del Crucificado desde el Oriente al Occidente, desde el Aquilón al Mediodía. Eremitas austeros, que, encerrados como inocentes palomas en las cavidades de las peñas, viviesen en continua contemplación del cielo, de este libro abierto en que resplandecen las maravillas del Señor. Víctimas de penitencia, angustiados, afligidos, errantes por los desiertos, fugitivos, como Elias, de la crueldad de los tiranos, vestidos de pieles toscas como el Bautista,

y haciendo frente á la iniquidad, hasta agonizar por la justicia. Mártires invictos, confesores ilustres, vírgenes inmaculadas y esposas del Cordero, que por seguir con fidelidad á Jesucristo, se ofrecerían víctimas voluntarias en las aras de su amor, alegres en las tribulaciones, y llenos todos de un gozo inexplicable de ser hallados dignos de padecer oprobios en nombre de su Salvador.

¿Qué os parece, señores, del destino de todas estas grandes almas, que por seguir fielmente á Jesucristo, promover su honor y gloria, y acreditar su doctrina, han perseverado hasta el fin de su carrera alabándole y bendiciéndole entre los tormentos, las persecuciones y el desprecio de los mundanos? ¿Vivirán eternamente en el olvido, oprobio y abandono que han sufrido durante su peregrinación? ¿Qué, no ha preparado el Señor un premio correspondiente á sus siervos? ¿Tendrán por ventura igual aceptación delante de Dios los soberbios que los humildes? ¿Los puros que los sensuales? ¿Los avariciosos que los misericordiosos? ¿Los penitentes que los disipados en la mesa y en el lujo? ¿Los discípulos fieles de Jesucristo que los esclavos de Satanás? Lejos de aquí, ideas insensatas; la verdadera religión de nuestros padres nos enseña que al justo tiene el Señor preparada una gloria inmortal, una recompensa eterna; recompensa inefable, en la cual solamente es Dios magnífico, como se explica Isaías: *Quia solummodo ibi magnificus est Dominus noster.*

Es verdad que aun en vida suele el Señor consolar á los justos, haciéndoles participar de indecibles delicias, para fortalecerlos en sus mayores tribulaciones. Es verdad que los distingue con singulares dones y privilegios, que son muchas veces materia de admiración y de terror para los mismos que los desprecian y persiguen. Es verdad que los hace percibir, no rara vez, tanta dulzura y suavidad en su servicio, que prefieren con el real Profeta vivir despreciados en la casa de Dios, á las comodidades, gustos y diversiones que ofrecen los tabernáculos ó asambleas de los pecadores. Mas todos estos consuelos son pasajeros y momentáneos, correspondientes á su estado de viadores y peregrinos. Cuando se vean libres de los vínculos de esta mortalidad, entonces se les manifestará Dios en su magnificencia: *Quia solummodo ibi magnificus est Dominus noster.*

Si, hermanos míos, esta pesada carne, estos cuerpos corruptibles, expuestos cada instante á las enfermedades y fatigas, se levantarán algún día purificados é imasibles. Libres ya los de los justos de los rigores del frío y del calor, de los tormentos y las penas, más brillantes que el sol y las estrellas, dotados de mayor ligereza que la luz, con la virtud de penetrar los cuerpos, como lo ejecutó Jesucristo con la

losa del sepulcro en el momento de su gloriosa resurrección, y después por las puertas del cenáculo en que estaban encerrados sus discípulos. ¿Qué más? resplandecerán llenos de gloria y de una delicia inexplicable, transformados en Jesucristo, cabeza y ejemplar de los predestinados, para alabarle, gozarle y reinar con él eternamente. Este solo destino es el que puede calmar enteramente el ánimo del hombre, pues siendo éste hecho á imagen y semejanza de Dios, no puede quedar saciado su apetito sino cuando se le revele la gloria del Señor. Y no siendo esto posible en la presente vida mortal, reserva para la eternidad la recompensa de los justos, porque solamente allí se les puede comunicar con magnificencia. En confirmación de esta verdad, San Pablo, arrebatado al tercer cielo, donde oyó palabras arcanas, que no es lícito al hombre profetizar, nos dice expresamente, que ni el ojo vió, ni oyó el oído, ni ascendió al corazón humano lo que Dios tiene preparado para los que le aman.

¿Qué podré yo pues decirlos después de estos testimonios? Un hombre carnal y terreno, sumergido en el abismo de su misma miseria é ignorancia, ¿será capaz de daros una idea clara de los bienes celestiales? El hombre que diserta de la eternidad, dice San Gregorio, es semejante al ciego que habla de la luz. ¡Ah! señores, yo me confundo al hablarlos de lo que no comprendo, ni alcanzaron jamás en vida los santos más virtuosos y más sabios. Por tanto sólo me atrevo á decirlos con Isaías, que la magnificencia del Señor para con sus siervos está reservada para la bienaventuranza. Añado con el real Profeta, que *sólo podemos ser saciados, cuando aparezca su gloria*, porque entonces le conoceremos y veremos como es en sí; y en esto consiste la eterna recompensa de los justos, cuyo símbolo nos representa Jesucristo en su transfiguración. Seguidme sin desmayar, mientras os demuestro esta segunda reflexión.

La vida eterna, dice San Juan, *consiste en que te conozcan por sólo Dios verdadero, y á Jesucristo, á quien enviaste.* En el mundo no vemos á Dios sino como en un espejo y por enigma; mas en el cielo le veremos cara á cara. Aquí no le conocemos sino imperfectamente; allí le conoceremos y veremos como es en sí. Carísimos, dice el mismo evangelista, aunque ahora somos hijos de Dios, no podemos decir lo que seremos en el cielo. Únicamente sabemos, que cuando se nos manifieste, seremos en cierto modo semejantes á él, porque le veremos como es en sí. Cuando contemplaremos la gloria del Señor á cara descubierta, dice San Pablo, seremos transformados en su imagen, é iremos de claridad en claridad, por la iluminación de su Espíritu, que será nuestra luz, según la expresión del real Profeta. Con-

sistirá pues la vida eterna, prometida á los justos en el siglo futuro, en ver á Dios y contemplarle en sí mismo conociéndole como es en sí.

Para entender este misterio, es necesario elevar el espíritu, sobre las alas de la fe, á la contemplación de unas ideas puramente espirituales, y representarse á Dios, como realmente es, una inteligencia infinita, un pensamiento puro, un acto simplicísimo y único, que con todos los atributos y perfecciones de su ser supremo, comprende todo lo que siempre quiso, ordenó y obró en la extensión de todos los siglos.

Si fuera permitido formar su imagen, dice un sabio, podría compararse al punto céntrico de un círculo, en el cual se reúnen y terminan una infinidad de rayos que de él salen. Este emblema tal vez figuraría el principio indivisible de sus perfecciones y de sus obras. Pero dejemos los símbolos y figuras de lo que ni el ojo, ni el oído, ni la razón humana pueden jamás alcanzar en este valle de lágrimas: y contentémonos por ahora con lo que la Iglesia y los Padres, depositarios de la tradición, nos enseñan acerca de este inefable misterio.

En este único y simple pensamiento, que manifestará Dios á los justos, le verán éstos como es en sí cara á cara, según la expresión de la Escritura. Irán de claridad en claridad, á proporción que quieran contemplar las perfecciones particulares. Verán en la naturaleza divina los altos é inefables misterios que adoramos, cautivando nuestro entendimiento en obsequio de la fe: *Videbimus eum sicuti est.*

Verán que el Padre engendra un Hijo verdadero, consubstancial, coeterno y omnipotente como él. Verán que de estas dos personas procede una tercera en unidad de naturaleza, y en todo igual á Hijo y Padre. Verán cómo este amor que une al Padre y al Hijo, y que caracteriza la tercera persona, pasa á los hombres, los ilumina, los santifica y los asocia á la divinidad. Verán que cada persona divina tiene su operación interior propia é incommunicable, y que sus obras en la ejecución y administración del universo les son comunes: *Videbimus eum sicuti est.*

Los santos, dice un contemplativo, verán sin obscuridad lo que sólo han percibido sobre la tierra en la nube opaca de la fe. Verán cómo esta Sabiduría eterna, este Verbo, esta Palabra, por quien todas las cosas fueron hechas, es el mismo Hijo, que tomó nuestra carne, dignándose tomarla para que hiciese con él una sola persona en todas sus acciones. Verán cómo por esta elevación fueron sus méritos de infinito valor; cómo satisfizo á la divina justicia; cómo sólo este

Hijo padecía sin alterar su unión esencial con el Padre y el Espíritu Santo, que obran en él, y él con ellos.

¿Pero qué digo? Verán claramente y con efusión de reconocimiento el amor incomprensible con que el Unigénito de Dios se dignó ser semejante á nosotros, para hacernos miembros suyos, sus hermanos y coherederos de su gloria, y cómo influye en nuestras almas. Verán como el precio y la eficacia de sus méritos subsistirán eternamente en el cielo, donde es el jefe, medianero y pontífice, en quien están todas las cosas: *Videbimus eum sicuti est.* Verán este foco de luz, que encierra todos los rayos y el resplandor del Sol eterno, de donde en esta vida sólo deja escaparse algunos débiles reflejos, para excitarnos el deseo de contemplar eternamente el origen de aquella Justicia soberana, norma del buen orden, de la subordinación, de los derechos del príncipe, de la equidad de las leyes, de la sumisión de los súbditos, de los deberes de la sociedad: *Videbimus eum sicuti est.*

Verán y gozarán para siempre de esta Sabiduría increada, que es, dice el Sabio, un espíritu de inteligencia, santo, único, multiplicado en sus efectos, sutil, discreto, ágil, inmaculado, amante del bien, irresistible, benéfico, amador de los hombres, benigno, firme, constante, que tiene todo poder y abraza todos los espíritus; inteligible, puro..., porque es un aliento de la virtud de Dios, y como una sincera emanación de la claridad del Omnipotente, porque es resplandor de la luz eterna, espejo sin mancha de la majestad de Dios, é imagen de su bondad..., que renueva todas las cosas é ilumina las naciones. ¡Qué inagotable manantial de contemplación, de amor y de alabanzas para los elegidos, á quienes está preparada tanta felicidad! *Videbimus eum sicuti est.*

¿Qué más? Allí se descubrirán en su origen y en su claridad los grandes misterios que la fe del justo ha tanto deseado conocer, y que le fueron siempre inaccesibles, como se explica San Agustín. ¡Qué dulce complacencia para el alma que entrare en el santuario íntimo y en las potencias del Señor! ¡Qué gloria será ver la rectitud y sabiduría de las obras de Dios, su acción universal sobre todos los seres del universo, la causa del bello orden que reina en las leyes de la naturaleza y de la religión! ¡Qué delicia ver aquella bondad tan dulce, que busca á los pecadores, como Saulo y Agustino; aquella atenta Providencia con que cuida aun de los más viles insectos! ¡aquel corazón tan tierno, de donde han dimanado á nosotros inmensos beneficios! ¡aquellos inagotables tesoros, de donde han salido tantas gracias!

¡Estado felicísimo! exclama un Padre de la Iglesia! que no deja otro cuidado, otro placer, otra ocupación á los glorificados, que contemplar, alabar y amar á Dios. Cuando veamos al Señor cara á cara, añade este Padre, cuando le veamos en sí mismo, entonces conoceremos la verdad por excelencia; que por esencia es inmutable; que no puede recibir aumento ni disminución; que sera eternamente el mismo, invariable en sus promesas y magnifico en sus recompensas. Estaremos plenamente satisfechos, porque nada nos faltará; y por cuanto el objeto que gozaremos, nos contentará completamente, nuestro gozo y satisfacción serán completos, y los transportes con que diremos *Amén*, siempre serán nuevos. En efecto, concluye dicho Padre, como veremos claramente la verdad, cantaremos sus alabanzas sin cesar y con efusión de corazón.

¡Oh vida vital! ¡oh vida sempiterna! dice San Agustín, donde hay gozo sin tristeza, descanso sin trabajo, dignidad sin temor, riqueza permanente, abundancia interminable, salud perpetua, vida sin muerte..., y donde los justos ven siempre y gozan de Dios con anhelo y sin fastidio.

¿Mas para qué me canso y os molesto? ¿Quién puede hablar dignamente de los santos y de su gloria inefable, sino los justos mismos? Nadie conoce estas cosas, dice San Juan, sino quien las recibe: *Nemo scit nisi qui accipit*. Ellos son, como se explica Isaías, los que verán la infinita majestad y hermosura del Rey de todos los siglos. Ellos son únicamente los que pueden deponer por su propia experiencia la verdad de mis asertos, á saber: que sólo en la eterna recompensa de la gloria es Dios nuestro Señor magnifico: *Solummodo ibi magnificus est Dominus noster*. La razón de esto es, porque solamente allí se manifestará como es en sí: *Videbimus eum sicuti est*.

Tal será, señores, la vida de los bienaventurados, tal su continua ocupación. El tiempo de su reposo lo ocupará la contemplación en Dios, el amor y la alabanza; y como el placer y su objeto serán interminables, durará el cántico por toda la eternidad. ¿Qué más se necesita, os ruego, para persuadir y determinar al cristiano al cumplimiento de las leyes evangélicas, cuya obediencia y práctica deben ser tan magníficamente recompensadas?

¡Ah! ¿qué no hacen las gentes del siglo para conseguir sus miras temporales, vanas, perecederas, y las más veces criminales? ¿Con qué solitud no desentrañan la tierra, surcan intrépidas los mares, velan de día y noche calculando el producto de sus intereses, para aumentar el oro, que es su idolo favorito? Omíto las extraordinarias diligencias y el anhelo infatigable de los esclavos de la ambición y

de otras más viles pasiones, que el pudor me hace pasar en silencio. ¿Y no trabajaremos para conseguir una corona incorruptible, como nos reconviene San Pablo? ¡Ah, hermanos míos! Yo me estremezco cuando leo en este Apóstol de las gentes, que ni los sensuales, ni los nefandos, ni los ladrones, ni los avarientos, ni los ebrios, ni los maldicientes, ni los reos de iniquidad poseerán el reino de Dios, si no hacen en tiempo frutos dignos de penitencia.

¿Pues quién será, Señor, clamaba el real Profeta, el que ascienda al monte excelso de la gloria? ¿Quiénes ocuparán el lugar santo? El que conserve, responde, sus manos inocentes y puro su corazón. Los humildes de espíritu, los misericordiosos, los que padecen persecución por sostener la justicia, los mansos de corazón; en una palabra, el que perseverare hasta el fin amando á Dios con todas sus fuerzas, con toda su mente, con toda su alma, y á su prójimo como á sí mismo; éste poseerá el reino de los cielos, según el oráculo de Jesucristo; éste obtendrá la divina misericordia del Salvador; éste, en fin, recibirá la bendición del Señor.

Meditemos, pues, hermanos míos, en la ciudad de Dios, nuestra verdadera patria. Imitemos, os ruego, á los israelitas, cuando sobre los rios de Babilonia suspiraban y gemían por su amada Jerusalén. El cielo, donde se goza á Dios, es sin duda nuestro único bien y la mayor felicidad á que podemos y debemos aspirar. Trabajemos, pues, sin cesar para conseguir esta eterna recompensa, preparada por el Señor en su magnificencia, para que los justos le vean, le gocen y conozcan como es en sí. Entrad en vosotros mismos, pecadores, que Dios está cerca de los que le invocan en espíritu y verdad. Dejad las erradas sendas de la iniquidad, para entrar por las de la justicia por medio de la penitencia. No temáis, pusilánimes; llegad con confianza al tribunal de la misericordia, que este buen padre os espera con los brazos abiertos, deseando adornaros con la estola de su gracia, y así introduciros después en las mansiones eternas de la gloria, que á todos os deseo. *Amén*.